

# El discurso histórico en el pensamiento de Monseñor Romero.

Héctor Grenni\*

*“¿Cómo quieres que hable en esta hora de la historia?”<sup>1</sup>.*

En este artículo el autor trata de adentrarse en el diálogo entre Monseñor Oscar Arnulfo Romero y la Historia. El convulsionado contexto social y político en el que le tocó ejercer su breve trabajo como obispo de la diócesis de San Salvador, sentó las bases para un intercambio que fue haciéndose cada vez más rico y fecundo.

## Introducción

La realidad que le hizo de contexto en los años en que su palabra tuvo mayor repercusión, tuvo varios componentes: la conservadora estructura eclesial; el también conservador entorno social que rodeaba al arzobispado de San Salvador; un clero y un laicado comprometidos con las exigencias de justicia, y un contexto general de país sumido en la pobreza y en el analfabetismo, y atado por la injusticia. Todas estas realidades interpelaron a Romero, y lo obligaron a hacer que su discurso fuera cada vez más cercano a la realidad de su país. El diálogo entre esta persona y la realidad que lo interpelaba dio lugar a un discurso con muchas facetas, interpretaciones y reflexiones.

La continua búsqueda del diálogo por parte de Romero, lo obligó a entrar en relación con los hechos de su tiempo y con los hechos del pasado. Romero fue obligado a ‘adentrarse’ en la historia de su tiempo, porque los hechos lo interpelaron. En este trabajo se pretende reflejar ese diálogo entre la realidad histórica y el pensamiento de Romero, la forma como fueron influyendo la una en el otro.

El pensamiento de Romero se expresó en homilías, en mensajes, en discursos, en cartas pastorales y en entrevistas. Semanalmente emitía un mensaje a través de la radio YSAX, que mantenía incluso cuando estaba en el exterior. Con frecuencia era buscado para escuchar su opinión acerca de los acontecimientos nacionales, por su claridad en decir las cosas sin rodeos.

Intentaremos ‘adentrarnos’ también nosotros en este diálogo fecundo, sin pretender abarcarlo en su totalidad, partiendo de las fuentes: las homilías, las cartas pastorales y algunas entrevistas en periódicos.

Romero fue designado Arzobispo Metropolitano de San Salvador a principios de febrero de 1977. Éste era un período de tensión política ascendente en El Salvador durante el cual los militares, las fuerzas de seguridad, los grupos paramilitares y las fuerzas militares de los grupos de oposición cometieron numerosos abusos contra los

---

\* Lic. en Historia Latinoamericana, por la Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina, coordinador del profesorado de enseñanza media técnica de la Universidad Don Bosco

derechos humanos. en los primeros años de los 80, aproximadamente 1.000 civiles eran asesinados cada mes<sup>2</sup>.

La violencia que caracterizó el período condicionó las relaciones sociales, la vida cultural y económica, la política y el trabajo, y obligó a supeditar a ella toda la vida del país. Los hechos cotidianos estuvieron marcados por esta situación<sup>3</sup>.

Romero buscó constantemente el diálogo con esta realidad que lo interpelaba con insistencia. Frecuentemente se refirió a los hechos cotidianos de esta realidad nacional. Siempre sus afirmaciones fueron directas, sin rodeos. Por ello era buscado constantemente para escuchar sus opiniones. En una entrevista concedida a periodistas estadounidenses, el 22 de marzo de 1980, se le preguntó: “El partido demócrata cristiano forma parte del gobierno junto con las fuerzas armadas. ¿Tiene un apoyo amplio por parte del pueblo?” A lo que contestó: “Han perdido una base muy amplia. Sus intenciones son buenas, trabajan con buena fe; pero en el terreno de los hechos está claro que el pueblo los tiene por parcialmente responsables de la represión. Quizá sean ellos los responsables de las reformas, que sí son buenas, pero han contribuido a la expansión de la represión. Esto es lo que desconcierta a la gente. Los democristianos quieren llevar a cabo sus reformas como si todo estuviera en orden, y así parece que la reacción de las organizaciones populares sea injusta. Pero los organismos populares no reaccionan contra las reformas, sino contra la represión. Y en esto tienen razón”. Respuestas claras y directas como éstas se encuentran con frecuencia en sus homilias. Esto es común en sus expresiones: su lectura de los hechos y sus comentarios no quieren encerrar análisis profundos, pero sí van directamente a la cuestión. Es una actitud honesta frente a los hechos.

En esta misma entrevista, se le pide un comentario ante el hecho que “La Junta que gobierna en la actualidad El Salvador acaba de publicar una Ley de Reforma Agraria. Los críticos denuncian que la ley va a ser utilizada para enmascarar la creciente opresión en el campo”. Contesta Romero: “La reforma agraria es algo bueno, sin duda. Ha expropiado una propiedad de más de 1.200 yugadas y la ha dado al pueblo. En sí, esto es bueno. Pero el peligro está en que, junto a esta Reforma, se ha declarado el estado de sitio, aparentemente para impedir que la derecha estorbe la reforma. Pero en realidad no ha hecho más que crecer dramáticamente la represión contra el pueblo. En lugares no afectados por la reforma agraria, están actuando los militares y son oprimidas las gentes. Por eso huyen y se vienen aquí, a San Salvador, o se van a dormir al monte: pues si las fuerzas de seguridad los encuentran por las noches son hombres muertos. Unidades armadas chequean viviendas campesinas, incendian propiedades de agricultores y asesinan personas. En el campo el terror va en aumento en todas partes. La reforma agraria es algo bueno en sí; pero va acompañada de tortura y represión que destruyen la buena voluntad que había en la ley de reforma. Por eso no la apoya el pueblo”.

Como se ve, no hay posturas acomodaticias: por un lado, apoya la reforma agraria, elogiando la expropiación de grandes propiedades, lo que podía dejar de granjearle la antipatía de los terratenientes. Por otra parte, advierte acerca de los abusos a que pueden dar lugar estas decisiones, lo que podía granjearle la antipatía del gobierno

de turno. Pero su lectura es 'desde abajo', desde los hechos pequeños, desde las muertes y los atropellos cotidianos, desde una propiedad expropiada, y no desde la totalidad de las muertes y atropellos o desde porcentajes de tierras expropiadas sobre el total de propiedades agrícolas. Sus lecturas son desde los individuos y no desde los grupos o desde las clases sociales.

Es una lectura de la realidad nacional que quiere adentrarse en los temas cotidianos, en los conflictos de todos los días. Temas conflictivos y candentes, como las huelgas y los conflictos laborales, el atropello a la dignidad humana y la injusticia en los salarios no están ausentes en su discurso. En estas circunstancias, así como reclama la intervención del Ministerio de Trabajo, se ofrece a intervenir en el diálogo, pide 'voluntad de concordia' y llama a cuidar la justicia y la dignidad de los hombres, 'aunque sean los más humildes trabajadores', como lo hace en la misa del 16 de octubre de 1977.

Su lectura de la Historia fue una lectura del contexto que lo acompaña. Esta lectura de la realidad no excluyó la lectura del concierto internacional. Siempre en ese año de 1977, tan rico en iniciativas, se puede leer: "En esta semana también ha habido la participación de dos salvadoreños en asambleas internacionales. El canciller de El Salvador en las Naciones Unidas se refirió a los derechos humanos, diciendo que se respetan en El Salvador, y llamando como una intromisión la vigilancia de otro país en este aspecto. Yo quiero aclarar, queridos hermanos, que la perspectiva política es muy distinta de la perspectiva de la Iglesia. Políticamente, nosotros, como católicos, como Iglesia, no compartimos muchos puntos de vista, y no nos extrañaría que los mismos Estados Unidos, por razones políticas, mañana ya no mencionaran para nada los derechos humanos. No nos apoyamos nosotros en conveniencias políticas.

Nosotros queremos decir, y que quede bien claro para cada católico, que el respeto, el reclamo, la defensa de la libertad, de la dignidad, de los derechos del hombre, para la Iglesia son una misión que está por encima de toda política. Es su deber, como enviada de Dios, como profeta del mundo, a defender la imagen de Dios que es cada hombre. Por eso, pues, prescindamos siempre de las apreciaciones de presidentes, de ministros, de políticos..."<sup>4</sup>.

Sin embargo, en medio a la crisis de esos tiempos, aparentemente sin salidas, es importante resaltar la visión de 'optimismo y esperanza' con que concluyen, con cierta frecuencia, sus mensajes, como en su discurso en la ceremonia de su investidura académica como Doctor en Letras Humanas Honoris Causa por la Universidad de Georgetown, Estados Unidos, leído en la catedral, en febrero de 1978<sup>5</sup>; o como en su homilía en la misa del 24.03.80, pocos minutos antes de ser asesinado: "Yo les suplico, queridos hermanos, que miremos estas cosas desde el momento histórico, con esta esperanza..."<sup>6</sup>.

## 1. Sobre la historia

Se puede buscar la perspectiva histórica que acompañó a Romero en su discurso, en sus cartas pastorales, en las homilias de las misas, en las entrevistas con periodistas y en sus mensajes por radio, especialmente la radio YSAX. Precisamente, en su última carta pastoral, la ‘Cuarta Carta Pastoral de Mons. Oscar A. Romero, Arzobispo de San Salvador’, del 6 de agosto de 1979, titulada ‘Misión de la Iglesia en medio a la crisis que vive el país’, comienza con un repaso a sus tres cartas pastorales anteriores, y la descripción del contexto que rodeó a cada una de ellas. Se hace evidente aquí la intención de fijar la expresión de su pensamiento en un tiempo y en unas circunstancias determinadas. Asimismo, la lectura que hace de la realidad abarca diversos escenarios: sociales, políticos, económicos y culturales. Se suceden temas como la injusticia social que está a la base de la “situación de pobreza generalizada”, el deterioro de la situación política y la actitud del gobierno, el deterioro moral, el fundamento ideológico y económico de la represión y las crisis de las instituciones, incluida la de la misma Iglesia.

Creemos que se puede comenzar situando las características esenciales de su pensamiento en este diálogo con la Historia. En este sentido, se pueden entrever algunas características esenciales: la cercanía, la unicidad y la trascendencia.

### 1.1- La Historia cercana:

La Historia fue, para Romero, siempre algo cercano, inmediato, que hablaba todos los días por medio de los hechos cotidianos. Esta cercanía tiene una dimensión cronológica: los hechos de todos los días, cercanos en el tiempo; y una dimensión regional: las personas de su propia cultura, de su patria, cercanas geográficamente. Los hechos cotidianos que tuvieron por protagonistas a las personas cercanas a Romero, iniciaron un diálogo que éste aceptó sin reparos, con sinceridad. A los pocos meses de haber asumido el arzobispado de San Salvador, decía en una misa: “...cada uno está aportando desde su propio interior lo que la patria y el mundo necesitan. Porque el mundo, la historia, no se va a construir sin nosotros. Somos partícipes de la construcción de la historia, y en eso está evolucionando actualmente la humanidad. Por eso, uno de los signos de los tiempos actuales es ese sentido de participación, ese derecho que cada hombre tiene a participar en la construcción de su propio bien común”<sup>7</sup>.

La ‘cercanía’ de la Historia está dada por la posibilidad de intervención en ella de todos los hombres y mujeres. Estos hombres y mujeres, que han dejado de ser, para Romero, ‘hombres y mujeres de todos los tiempos’, para ser ‘hombres y mujeres de este tiempo’, en una Historia donde todos tienen cabida.

El análisis desde la Historia siempre se ha caracterizado por estar enraizado en dos elementos esenciales: el tiempo y el lugar. Todo análisis desde la Historia debe estar centrado en un hecho situado en su contexto temporal y regional. Esta cercanía, en la concepción histórica de Romero, incluye una cercanía en el tiempo y en el lugar: ‘ahora’, en el tiempo; y ‘aquí’, en la cultura. Esto se puede traslucir también de

estas frases suyas tomadas de su discurso con motivo de su Doctorado Honoris Causa conferido por la Universidad de Lovaina el 2 de febrero de 1980. “La esencia de la Iglesia está en su misión de servicio al mundo, en su misión de salvarlo en totalidad, y de salvarlo en la historia, aquí y ahora”.

Estas afirmaciones se repiten constantemente en el discurso de Romero, insistiendo en que este ‘enraizamiento’ debe realizarse en un lugar determinado. Este espacio es, para Romero, el país: la Historia culmina en la Historia de un espacio físico determinado, en un grupo de personas determinado, que a la vez se constituyen en sus protagonistas: la Historia se hace en El Salvador, se hace en todos los lugares donde viven y actúan sus protagonistas: todos los hombres y mujeres que viven en el tiempo presente.

El acercamiento de la Historia a las personas cotidianas no ha dejado marginados. El acercamiento de las personas cotidianas a la Historia obligó a cambiar sus protagonistas: todas las personas son aquí partícipes necesarios de los hechos de la Historia. La cercanía cronológica de los protagonistas convierte a la Historia en un hecho contemporáneo: para Romero, la Historia se vuelve contemporaneidad y deja de ser un hecho del pasado. Asimismo, la necesidad de protagonismo incluye la necesidad de la presencia: los hombres y mujeres de la Historia deben estar presentes en los hechos, y esta cercanía espacial los convierte en protagonistas necesarios y únicos. Esto puede desprenderse de estas frases suyas: “...hay que salvar al hombre ya viviendo en la historia. Hay que darle a la juventud, a la niñez de hoy, una sociedad, un ambiente, unas condiciones donde pueda desarrollar plenamente la vocación que Dios le ha dado, y que no por ser pobre se quede marginado y no pueda entrar a la universidad. Hay que proporcionar al ambiente unas condiciones en que el hombre, imagen de Dios, pueda de veras resplandecer en el mundo como una imagen de Dios, participar en el bien común de la República, participar en aquellos bienes que Dios ha creado para todos”<sup>8</sup>.

De esta forma, Romero abre un amplio espacio a la participación, asumiendo protagonismos. Este espacio está abierto a la participación de todos, sin marginaciones. Así, la participación se transforma en un espacio para el cual se tiene derecho adquirido: no es un derecho concedido por quienes detentan el poder político, como podría deducirse desde concepciones históricas anteriores. La posibilidad de participar en la construcción de la Historia está en todos.

Este llamado a la intervención en la Historia tiene, además, connotaciones concretas. El llamado a la intervención lleva implícitas ‘tareas’ que deben ejecutarse: “Es para darles el Espíritu de Dios a las cosas de los hombres; es para que el político que cree en Dios y pertenece a esta Iglesia, transforme esa política en instrumento de Dios; es para que el capitalista, que cree de veras en la Iglesia, transforme, humanice, le dé sentido de caridad, de justicia, de amor a su capital; es para que el trabajador, el pobre, el marginado, el obrero, el jornalero, mire en esta Iglesia algo que transforma su pobreza en redención, que no lo deja llevar por caminos de resentimiento y de lucha de clases, ni le ofrece paraísos en esta tierra, sino que le

quiere dar este soplo de Dios a su situación”<sup>9</sup>. El llamado a la humanización del capital y a la redención de la pobreza ofrece escenarios para la acción directa.

En las historias de América Latina, especialmente las historias escritas por autores de fuera de la región, como historiadores franceses o estadounidenses que han desarrollado las ‘teorías de la dependencia’, se encuentra con frecuencia la idea de que la evolución histórica de las naciones viene del progreso que se impulsa desde afuera: los países que tienen un mayor desarrollo económico en las áreas secundarias o terciarias, proveen de los elementos necesarios para el desarrollo de la economía, y por lo tanto, del desarrollo histórico de los países receptores de esos elementos, que se tornan así dependientes de los primeros. En Romero se puede intuir una postura distinta: en el llamado a la participación de todos, sin dejar lugar a exclusiones o marginaciones, ‘en la construcción del propio bien común’, está implícito el llamado a participar en la construcción de la Historia desde adentro mismo del escenario histórico.

Esta cercanía de la Historia presenta también esta otra faceta: la ausencia de marginaciones. Este llamado a asumir el protagonismo no está dirigido a un sector determinado de la población, sino que todas las personas pueden tener su lugar. No hay lugar para marginaciones en el discurso de Romero, y este pensamiento es algo que se repite constantemente en sus mensajes, y que ha desarrollado con insistencia en este diálogo con la Historia. El intento de proponer ‘una sociedad donde quepan todos’, en el decir de Hinckelammert y Assmann, hace partir su propuesta desde la marginalidad: el sujeto habla desde la marginalidad para negarla, haciendo explícito el llamado desde allí a participar plenamente en el bien común.

Hay otro concepto de Romero en relación con su diálogo con los hechos de la Historia que consideramos necesario resaltar, en este apartado. La culminación del ‘todos’ en el ‘nosotros’: el todo, que implica ‘todas las personas’, culmina en el nosotros, y ello implica un espacio físico y un espacio cronológico cercanos. La totalidad, la Historia del mundo, se encarna en el presente, se hace cultura y se ‘detiene’ en un grupo determinado de personas. La Historia de todos los hombres se ‘empequeñece’, y se hace Historia presente y regional, protagonizada por un grupo. Afirmaciones tales como ‘el mundo y la Historia no se van a construir sin nosotros’, se repiten con frecuencia.

Precisamente en estos dos escenarios se sitúa la fe de las personas, en el decir de Romero. El intento de trascender la condición humana tiene un lugar y un tiempo determinados: un tiempo histórico y una cultura precisa.

Este intento de análisis deja de lado las síntesis: la cercanía obligó a dejar de lado las miradas desde la distancia. El discurso de Romero pasa revista a los hechos cotidianos, mirando sus antecedentes inmediatos, quizá perdiendo los beneficios que se desprenden de la lejanía espacial o temporal. Romero ‘se mete dentro de los hechos’, y desde allí habla. Mira la Historia desde un hecho de la Historia.

A este respecto, con frecuencia se ha dicho de Romero que no tenía en cuenta el contexto o que no consideraba el por qué sucedían determinadas cosas, haciendo hincapié en la falta de esta 'lejanía' en la lectura de los hechos. Los editoriales de los diarios de mayor tirada en El Salvador, El Diario de Hoy y La Prensa Gráfica, especialmente en los primeros meses del trabajo del obispo en San Salvador, en la primera mitad del año 1977, mencionan con cierta benevolencia -que después, desde 1979 en adelante, se volvería abierta hostilidad- esta carencia. En este sentido, el reclamo se dirige a la necesidad de una mayor distancia de los hechos, lo que aseguraría una mayor objetividad. Por ejemplo, cuando Romero hace alusión a los bajos salarios que se pagaban en el trabajo del corte del café, se menciona tanto el mal uso que harían los trabajadores del dinero y de las consecuencias que de ello se derivarían, como el desconocimiento de Romero de lo que lleva implícito la empresa. "Monseñor no conoce el uso que los trabajadores de la recolección del café harán del dinero si se les paga más", se lee en El Diario de Hoy del 15 de junio de 1977. Y "el arzobispo no sabe lo que se gasta", estaba escrito en un telegrama que le haría llegar un empresario del café, comentado por el mismo Romero en la homilía de la misa del 30 de octubre de 1977.

Quizá aquí el debate debe detenerse en el diálogo sobre la relación entre el todo y las partes. Evidentemente, la mirada desde la totalidad obliga a dejar de lado aspectos particulares. Asimismo, la mirada desde una parte puede hacer perder de vista la totalidad. Por otra parte, desde ambos lugares se ofrecen posibilidades únicas y diversas. Es necesario aquí adentrarse en el diálogo, que puede ser muy rico y fecundo, entre la 'Historia' y los 'hechos de la Historia', o entre la 'Historia' y las 'Historias'. Romero mira la Historia desde los hechos de la Historia.

Sin embargo, llama la atención también la frecuente alusión al 'mundo' y a la 'humanidad'. Esto se repite en muchos escritos de Romero, como en sus homilías de 1980, cercanas al mes en que fue asesinado, o como en sus cartas pastorales, especialmente su Tercera Carta Pastoral. Hay una referencia constante a la totalidad, partiendo de las partes, ajustando éstas a aquélla sin solución de continuidad, y afectando la humanidad desde las acciones de las personas individuales.

## **1.2. La unicidad de la Historia<sup>10</sup>**

Este concepto, íntimamente ligado al concepto de la cercanía histórica, va al encuentro de una forma de pensar que se había hecho común en ambientes religiosos: la separación entre la 'historia terrena' y la 'historia religiosa', presentándolas como historias que siguen caminos paralelos, ignorándose la una a la otra. Se quiere aquí romper con la dualidad que muchas veces se presenta en la vida de las personas, separando los ámbitos religiosos de los ámbitos no religiosos. Dice en una de sus homilías: "Uno de los cambios de la Iglesia actual es haber roto con esa dicotomía, esa separación entre la Iglesia y el mundo; porque también ha comprendido la unidad de la historia profana con la historia de la salvación. Se había creado (sic) en nuestra espiritualidad, en nuestro modo de pensar como Iglesia, que el mundo era despreciable. Que la historia profana de los hombres era como un

paramientras (sic) como un tiempo de prueba, y que iba paralela con la historia espiritual de la salvación de Dios. Había como una separación casi infranqueable entre lo material y lo espiritual, entre lo sagrado y lo profano; y se aconsejaba una especie de conformismo: pasemos la vida, la historia como se pueda, y ya vendrá el cielo, la salvación eterna; procuremos no condenarnos en el infierno. Y así teníamos la historia como algo separado de nosotros”<sup>11</sup>.

Esta consideración unitaria de la Historia implica una concepción unitaria de la persona humana. De esta forma, no hay acciones de los protagonistas de la Historia que no vayan incluidas en ella, sino que todo termina siendo objeto de su estudio. Así, todas las acciones de los hombres y mujeres constituyen un todo que puede ser estudiado desde esta perspectiva. Asimismo, todos los hechos influyen en la Historia; o sea, todas las acciones crean la Historia, y por ello, si todos los hechos pueden ser objeto de su estudio, todos deben tener un tinte de perfección que amerite esta distinción. Si todos los hechos pueden ser estudiados, todos los hechos deben ser merecedores de ello.

Generalmente, se ha tenido la concepción de que los hechos religiosos eran hechos que pertenecían a la esfera individual de las personas, y que por lo tanto, cada uno es libre de elegir sus propias inclinaciones religiosas, y nadie, por lo tanto tiene la facultad de cuestionarlas. Pero al mismo tiempo, estas elecciones quedaban circunscriptas al ámbito de lo individual, o al ámbito de un grupo cerrado. Romero quiere quitarle esta individualidad cerrada al hecho religioso, para hacerlo trascender al ámbito de lo social: Romero quiere decir que el hecho religioso es cosa de todos.

### **1.3. La historia como trascendencia:**

“...Y finalmente, un sentido escatológico, es decir, un más allá de la historia, un trabajar en un presente por un mundo mejor; pero sin olvidar, como no lo olvidaban los israelitas cuando celebraban sus pascuas, que las pascuas de la historia son imperfectas... trabajar en el presente, sabiendo que el premio de aquella pascua será en la medida en que aquí hayamos hecho más feliz también la tierra, la familia, lo terrenal”<sup>12</sup>.

Romero, como todos los hombres de su tiempo, no podía ignorar la insatisfacción que produce el presente en su relación con la realización histórica. Queda siempre una distancia, con frecuencia amplia, que salvar entre lo que se entiende como ‘bien común’ y la realidad presente. Los hechos del presente necesitan un sentido que los conviertan en ‘hechos absolutos’: la finitud de los hechos cotidianos necesitan convertirse en infinito. En el intento de darle sentido a los hechos de las personas en el tiempo, recurre al sentido de trascendencia, innato en los hombres y mujeres y en las culturas de los pueblos.

El intento de situar los hechos históricos en un tiempo que trasciende el tiempo presente, produce necesariamente un enfrentamiento con los hechos mismos. La trascendencia del presente implica la reconsideración de sus consecuencias. Este

juego dialéctico entre presente y trascendencia dotó al discurso histórico de Romero de una gran riqueza conceptual. En 1979, en otra homilía, decía: “Una Iglesia que por sus medios de comunicación quiere promover la dimensión histórica tiene que encontrar choques en la historia. No basta la dimensión trascendente (sic); que eso es muy bonito, escribir de lo trascendente. Lo histórico y lo trascendente en equilibrio. Eso es lo que tratamos de hacer...”<sup>13</sup>.

Quizá podemos encontrar algo más acerca de estas ideas en estas palabras tuyas, aproximadamente en esos mismos días: “No nos pueden entender los que no entienden la trascendencia (sic). Cuando hablamos de la injusticia y la denunciarnos, piensan que ya estamos haciendo política. Es en nombre de ese Reino justo de Dios que denunciarnos las injusticias de la tierra. Y en nombre de aquel premio eterno les decimos a los que trabajan en la tierra: ‘¡trabajen, pongan al servicio de la patria todo su esfuerzo!’”<sup>14</sup>.

El concepto de ‘Reino de Dios’ ha sido presentado a veces como la realización cristiana de la utopía, y quizá se puede entrever aquí alguna alusión a ello. Sin embargo, esta utopía no se presenta aquí como ‘un estado perfecto’, conseguido de una vez y para siempre. La medida del logro de la utopía está en el accionar sobre el presente. No se trata de una aceptación sumisa de las situaciones presentes, sino de una mirada a los horizontes desde el accionar sobre el presente. Se trata de preparar la utopía actuando sobre la situación presente<sup>15</sup>.

La referencia a tiempos ulteriores, de los cuales no se tiene certeza, pero que en alguna medida se pueden entrever desde el presente, puede verse muchas veces en el discurso de Romero. En cierta manera, los hechos del presente se justifican por su pertenencia a momentos futuros, hacia los cuales tienden indefectiblemente. De esta manera, los hechos protagonizados por las personas -la Historia, en el fondo- no encuentran sentido en sí mismos, sino como anuncios de escenarios futuros hacia los cuales debe llegar. Así, la Historia se transforma en un camino hacia una realidad futura, hacia la utopía.

Sin embargo, no es una utopía lejana la que presenta Romero, sino situada en un futuro cercano, y producto de las acciones de los hombres y mujeres del ‘pueblo’. En una entrevista concedida a Prensa Latina el 15.2.80, pocos días antes de su asesinato, respondía; “La situación me alarma, pero la lucha de la oligarquía por defender lo indefendible no tiene perspectiva. Y menos si se tiene en consideración el espíritu de combate de nuestro pueblo. Inclusive, pudiera registrarse un triunfo efímero de las fuerzas de la oligarquía, pero la voz de la justicia de nuestro pueblo volvería a escucharse y, más temprano que tarde, vencerá. La nueva sociedad viene, y viene con prisa. La paz de los cementerios es consecuencia, mejor dicho, se debe a que en los cementerios sólo hay muertos. Y esa paz no la puede obtener la oligarquía frente a un pueblo como el salvadoreño”. Los hacedores de la utopía en forma protagónica son ‘el pueblo’, en el decir de Romero.

Este intento de mirar a la historia desde el futuro, desde unos tiempos ya cumplidos, implica el esfuerzo de trascender el tiempo presente para ‘adentrarse’ en los

escenarios inseguros de los horizontes futuros. ‘Definir’ la historia desde allí implica la certeza de que el sentido de los hechos del presente está en los logros sociales del futuro: los hechos del presente deben ser justificados desde un escenario trascendente a los mismos hechos. Ese escenario es la utopía: en la sociedad futura encuentra sentido la del presente.

La misma necesidad de la utopía está diciendo de la imperfección de la realidad presente. Sin embargo, la imperfección de los hechos presentes encuentra su justificación en la utopía: ésta puede darles sentido desde el horizonte temporal. Lev Golinkin, citando a Romero, señala el concepto de imperfección de los hechos del presente en relación con la utopía: “No podemos hacerlo todo y, al darnos cuenta de ello, sentimos una cierta liberación. Ella nos capacita a hacer algo, y a hacerlo muy bien”, escribió Romero. ‘Puede que sea incompleto, pero es un principio, un paso en el camino, una ocasión para que entre la gracia del Señor y haga el resto’<sup>16</sup>.

Pero la verificación de la utopía propuesta necesita de la intervención externa a los mismos hechos humanos. Los hechos de los hombres y mujeres, por sí solos, no son suficientes para la verificación de la actuación del cumplimiento de la Historia. En este sentido, se torna necesaria la alusión a la intervención de lo trascendente para que sea posible la actuación de la utopía, para que la Historia adquiriera sentido. A este respecto, conviene citar las siguientes palabras de Romero: “Es el último acto de Dios para darle a la historia su sentido final. El sentido final de la historia, el sentido relativo de todas las cosas, lo da Cristo”<sup>17</sup>.

Esta postura debe reconocer dos momentos necesarios: el presente y el futuro, íntimamente ligados entre sí. El primero tiene por protagonistas a las personas, con sus hechos cotidianos y su constante esfuerzo por la convivencia común. El segundo, tiene por protagonista el anuncio de una utopía que comienza a actuarse en el presente. Son los hechos del presente que prolongan su existencia.

Pero hay otro elemento que se agrega a la trascendencia, y que queremos resaltar en esta mirada sobre la Historia. La trascendencia del plano de lo individual hacia el plano de lo colectivo. afirmaciones como ‘Hacer más feliz la tierra’, que emplea con frecuencia, como en su homilía en la misa del 25.09.79, implica superar la individualidad para llegar a una dimensión de universalidad, que abarca la totalidad de las personas involucradas en esta utopía sin marginaciones. Implica, además, el actuar sobre las realidades terrenas: ‘en la medida que hayamos hecho más feliz también lo terrenal’. No se trata de actuar solamente sobre las realidades espirituales, sino también sobre las realidades concretas, del tiempo presente. Para Romero, los hombres no son ‘grandes hombres de todos los tiempos’, sino ‘hombres y mujeres de este tiempo’.

## **2. Sobre los hechos de la Historia.**

Decíamos más arriba que los hechos de la Historia son los hechos cotidianos. Romero dialogó con los hechos cotidianos de la Historia, y para él la vida de los cristianos debe estar encarnada en los problemas temporales históricos. Sin embargo, esta

encarnación no debe dejarse a la espontaneidad individual, sino que debe estar arraigada en la doctrina. Algunas veces, su discurso hizo referencia a documentos, como las referencias a la Doctrina Social de la Iglesia. Siempre sostuvo que el pensamiento de las personas debe estar fundado sobre bases sólidas: “..hombres que no tienen, a la base de su prudencia y de su existencia, una doctrina: la Doctrina Social de la Iglesia. La Doctrina Social de la Iglesia., que les dice a los hombres que la religión cristiana no es un sentido solamente horizontal, espiritualista, olvidándose de la miseria que lo rodea”<sup>18</sup>.

Romero afrontaba el diálogo con los hechos de la Historia a medida que éstos se le presentaban, sin ‘preparación’: este ‘abordaje inocente’ del hecho histórico, para emplear palabras de Thompson, nos hace pensar en un diálogo espontáneo. Dialoga con la realidad que se le presenta abruptamente, sin buscarla.

Si bien los sistemas históricos son resultados de procesos, éstos se manifiestan en el hecho concreto, cotidiano. Es este hecho concreto y cotidiano su interlocutor. No cuestiona paradigmas en el diálogo con los hechos: cuestiona el hecho mismo, porque habla desde adentro de los mismos: se mete en el problema y dialoga con los hechos desde allí. El sistema histórico se presenta ante Romero como un conjunto de situaciones contextuales, resultantes de procesos y capaces de hablar por sí mismos, ya que arrastran el complejo conjunto de acciones que originan los hechos humanos. Al hablar desde ‘adentro’ del hecho histórico, Romero habla ‘desde el sistema’, desde adentro del sistema.

Este intento de relacionarse con sistemas históricos tal como se presentan, y no con procesos, otorga al diálogo entre ambos una gran claridad. No se buscan aquí procesos, causas o consecuencias. El diálogo se da con el hecho inmediato, tomado en sí mismo y en su contexto abarcador. Este ‘abordaje inocente’ de los hechos históricos otorga a los juicios acerca de los mismos una imparcialidad difícilmente cuestionable.

En este contexto, podemos decir que este diálogo con los hechos de la Historia asume características peculiares. Romero no consulta archivos o documentos para hablar con ellos, porque habla con sus protagonistas: los interlocutores históricos de Romero son las personas protagonistas de los hechos: los actores son sus fuentes de lectura histórica. No selecciona los hechos históricos para iniciar un diálogo, como tampoco selecciona las fuentes, sino que los acepta a medida que éstos lo interpelan.

Romero no es un historiador, pero es un buen lector de la realidad y de su contexto. Nada de su inmediato contexto le es indiferente, como se puede ver de los múltiples temas citados. Algunas veces esta referencia es improvisada, pero la mayoría de ellas son resultado de reflexiones previas. Esto tiene repercusiones de largo alcance, si consideramos que su lugar de observación de la realidad es un lugar privilegiado: el arzobispado de San Salvador es un lugar con connotaciones políticas y sociales importantes, y el lugar de encuentro de numerosas lecturas de la realidad.

### 3. Sobre el diálogo.

Decíamos antes que Romero buscó insistentemente el diálogo con los hechos de la Historia. Los temas recurrentes en este diálogo, son la vida, la violencia y con ello la paz, la adhesión a las ideologías y la aceptación de todas las personas como sujetos de diálogo, sin exclusiones. Fue un continuo buscador de interlocutores. Las personas y los hechos encontraron siempre en él alguien dispuesto y preparado para la recepción. Esto se hace evidente por la continua alusión a los hechos cotidianos en sus opiniones públicas. Sabemos, por testimonios de personas que convivieron con él, que estos hechos eran motivo de constante intercambio en el diálogo constante e informal de todos los días. La realidad que le hace de contexto enmarca constantemente el discurso de Romero.

El trabajo de Romero en la arquidiócesis de San Salvador estuvo marcado por la violencia, la misma que marcó el país entero por esos años. Por ello mismo, Romero hizo de la violencia un argumento de su diálogo con la Historia cotidiana. En esta situación, también los hechos cotidianos y las personas estaban frecuentemente marcados por ella. Por ejemplo, los asesinatos en la vía pública de la ciudad se sucedían a diario, y las amenazas, muchas veces cumplidas, se hacían públicamente. Una de ellas, reiterada frecuentemente, era la amenaza contra los jesuitas de San Salvador. Ante estas amenazas publicadas por radio, comentadas en la homilía de la misa del 26.06.77, Romero busca dialogar, improvisa, busca respuestas: “Esta es la fuerza que hará un mundo mejor, y que el Papa ha llamado la Civilización del Amor. Proclamémosla y hagamos lo posible por construirla: La civilización. ¡Pero si es que hoy El Salvador no está civilizado! ¡Es que publicarse o echarse por radio amenazas tan brutales, tan animales como esa que ha salido últimamente! ¡Eso es muy subdesarrollo de civilización! (sic) ¡No poder soportar la luz de la razón de unos escritos! Si la razón se combate con razones. ¿Porqué amenazar con armas, con muerte, al que escribe la razón, el mensaje de la Iglesia?”<sup>19</sup>.

El diálogo de Romero con la realidad estuvo muchas veces marcado por la realidad acuciante de temas que interpelaban fuertemente y con urgencia. El tema de la vida sale continuamente a relucir en sus expresiones, y es un constante tema de diálogo. Esta situación es comprensible, en tiempos en que la efervescencia social era fuerte, y la violencia institucional y social producía asesinatos cotidianos. Ante esta situación, los obispos del país emitieron en 1977 un mensaje ‘Ante la ola de violencia que enluta el país’, que Romero comentó así: “El mensaje termina haciendo un llamamiento apremiante, una invitación, principalmente a los que tienen en sus manos los poderes político y económico, para que unidos a todas las fuerzas vivas del país, busquemos un camino que haga efectiva la justicia social como única salvación para evitar que el país caiga en la violencia y en los totalitarismos de cualquier tipo. El aferrarse más y más a sus intereses, olvidando el clamor de los desposeídos, es crearle el ambiente propicio a las violencias totalitarias”<sup>20</sup>. No se queda en el anonimato de un mensaje grupal. Lo hace propio, y si lo cita en un mensaje público -sus homilías en las misas habían tomado ese carácter- es quizá para hacer evidente que lo ha asumido personalmente.

En este tema, tomó la iniciativa buscando abrir espacios para el intercambio, con frecuencia, insistentemente. Esta parte del diálogo estuvo marcada por frases breves como éstas: ‘La violencia la producen no sólo los que matan, sino los que impulsan a matar’; ‘tan sagrada es una vida como otra’; ‘un esfuerzo por perdonar, un esfuerzo por amar’. Probablemente, un tema tan acuciante y que planteaba problemas tan urgentes, necesitaba un diálogo hecho de frases breves y densas de contenido. No se busca aquí un intercambio que determine las causas, o que identifique espacios para llegar a acuerdos. Simplemente, se trata de detener la violencia.

Un tema candente en esos tiempos era la ideología a la cual adherirse. Se hacía difícil, en esas circunstancias, tener un discurso público sin definir posturas ideológicas. Romero quiso dejar clara su posición y la de la Iglesia que representaba acerca de la adhesión a esas ideologías, probablemente, en un intento de dotar de honestidad a este diálogo, dejando en claro desde cuál lugar se está hablando. Como en este texto: “...distinguir entre el mensaje de la Iglesia y el comunismo, y cómo la Iglesia, así como rechaza el comunismo, rechaza también el capitalismo. ... Y por eso la Iglesia no puede ser ni comunista, ni capitalista, porque los dos son materialismo”<sup>21</sup>. Y sigue una larga alusión a la distancia que existe entre la posición de la Iglesia con respecto a las doctrinas liberal y marxista.

En esto, Romero buscó continuamente un diálogo, con frecuencia infructuoso. Y su diálogo quiso ser honesto, sin engaños ni concesiones: fijó desde un comienzo la postura ideológica desde la cual hacía público su discurso, y con ello, desde dónde toma la iniciativa en este diálogo.

En estas circunstancias, donde la realidad presenta aspectos candentes que exigen un diálogo con respuestas inmediatas, se torna necesaria la respuesta inmediata a las interpelaciones: Romero tomó insistentemente la iniciativa en el diálogo y esperó la respuesta; a veces, reclamaba una respuesta. En mayo de 1977, exigía públicamente, porque sus homilías en las misas eran ya cosa de todos, una respuesta del Presidente de la República ante su petición de investigar el crimen del sacerdote Alfonso Navarro.

Este intento de dialogar va dirigido hacia todos los sectores, e incluye a los poderes públicos. Con frecuencia buscó el diálogo con las autoridades, como en este intento con el nuevo presidente de esos tiempos, el general Romero, en estos términos: “Y éste es el diálogo que la Iglesia ofrece. Si el nuevo mandatario nos pedía que le tuviéramos confianza y que lo iba a demostrar, he aquí la Iglesia a la espera de ese diálogo. La Iglesia nunca ha roto el diálogo con nadie. Otros son los que lo han roto; otros son los que la han maltratado. Le diríamos que hay muchas palabras que no salen de la boca, pero que deben salir de las obras, para demostrar la sinceridad en esta búsqueda de paz para nuestra patria. Por ejemplo, la Iglesia necesita que le devuelvan a sus sacerdotes que le han quitado. Muchas familias necesitan que le devuelvan a sus seres queridos que no saben dónde están. Se necesitan muchas obras para ganar la confianza, y de verdad buscar en todos, con sinceridad, la paz que necesita nuestra patria”<sup>22</sup>.

Este diálogo, hecho en circunstancias apremiantes, tensas, exige respuestas rápidas y precisas. En un primer momento, no son tan importantes las ideas que inician el diálogo, cuanto el impacto que las palabras puedan tener en lo inmediato. Este esfuerzo por dialogar desde las circunstancias inmediatas fue insistente, y no dejó de opacar la claridad con que se efectuaba el intercambio de ideas. Aunque su postura fue siempre coherente -no se pueden encontrar contradicciones en su discurso, a lo largo de su trabajo en San Salvador, entre principios de 1977 y marzo de 1980- pocas veces se encuentran apoyos doctrinarios, o referencias a documentos en sus discursos o en sus entrevistas. En cambio, sí podemos encontrar fundamentación doctrinaria a su discurso en sus cartas pastorales.

Con frecuencia se acusó a Romero de intentar romper el diálogo iniciado; especialmente, desde los periódicos de mayor circulación del país se lo acusó de romper el diálogo con los gobernantes de turno. No creemos que esta haya sido su intención, como él mismo lo expresa el 14 de agosto de 1977: “La Iglesia no está peleada con el gobierno”. En esos días los periódicos publicaban con frecuencia artículos contemplando la posibilidad de que ‘la Iglesia se distancie del gobierno’, como se puede ver en El Diario de Hoy, en casi todos los días de los meses de julio y agosto, y ocasionalmente en La Prensa Gráfica de esos tiempos.

En este diálogo de Romero con la Historia, los hechos no tienen categorías: no hay ‘hechos pequeños’ y ‘hechos grandes’ o ‘hechos trascendentes’. Sin negar que hay algunas acciones de los hombres y mujeres que repercuten con un alcance más grande que otras, considera todos los hechos en el mismo escenario histórico. Así, en esta cita que sigue: “...No tendríamos que lamentar historias tan tristes, como el saldo que nos deja esta semana: un canciller asesinado, un sacerdote acribillado a balazos en su propia casa, un niño que no tiene culpa también con los sesos echados afuera por la bala homicida...”<sup>23</sup>. El contexto en el que se dicen estas palabras está cargado de emotividad. Aún así, Romero pone en un mismo nivel para el diálogo, la muerte de un canciller, de un sacerdote y de un niño.

### **Conclusión**

Terminamos esta presentación, resaltando las principales ideas que hemos querido plasmar en este escrito. Primeramente, Monseñor Romero fue un buen lector de la realidad que lo circundaba. La realidad cotidiana lo interpeló constantemente, y él no se negó a este diálogo fructífero. La Historia se tornó así en algo cercano, de todos los días. Este diálogo no dejó lugar para las marginaciones: los protagonistas de la Historia no fueron, para Romero, grandes hombres y mujeres, sino mujeres y hombres, niños y ancianos, sacerdotes, campesinos y ministros cotidianos.

La lectura que hizo Romero de la Historia fue unitaria, sin aceptar una ‘historia profana’ separada de una ‘historia religiosa’. Las personas que protagonizaron los hechos que hicieron la Historia fueron personas enteras, que no estaban divididas en sectores.

Romero dialogó con los hechos de la Historia, sin indagar en los procesos ni en los sistemas: los hechos de la Historia, tal como se le presentaron, fueron sus interlocutores. El futuro se hizo presente en los hechos cotidianos, que de alguna manera lo actualizaron: miró a la Historia desde el futuro, anticipado ya en los hechos del presente. De esta manera, este diálogo de Romero con la Historia encierra una propuesta utópica y esperanzadora.

### Bibliografía y fuentes

DELLA ROCCA, Roberto Morozzo "Oscar Romero: Un vescovo centroamericano tra guerra fredda e rivoluzione", Mondadori, Ed., Milán, 2000, con prefacio del cardenal francés Roger Etchegaray. Este libro es una obra histórico-biográfica, de reciente publicación, y fue introducido recientemente como elemento en la causa de beatificación de Monseñor Romero.

Universidad Centroamericana (UCA), Revista ECA, los números 337 de 1976; 339, 340, 341, 345 y 350, de 1977; 354, 355, 359, 360 y 369, de 1978; 363, 364, 366, 368, 369, 370, 371 y 374, de 1979; y 375 y 376, de 1980.

Anónimo, 'Rutilio Grande: mártir de la evangelización rural en El Salvador', UCA Ed., San Salvador, 1978.

Comisión de Derechos Humanos de El Salvador, Reporte estadístico, periódico Orientación, San Salvador, mayo de 1980.

Universidad Centroamericana (UCA), Boletín de Ciencias Económicas y Sociales, UCA Ed., San Salvador, 1978.

HERNÁNDEZ-PICO, J., JEREZ, C., ELLACURÍA, I., BALDODANO, E. y MAYORGA, R., 'El Salvador, año político 1971-72', Universidad Centroamericana (UCA), San Salvador, 1973.

Latin American Bureau, 'Violencia y fraude en El Salvador', L. A. B., Londres, 1978.

Latin America Bureau, 'El Salvador bajo el General Romero', L. A. B., Londres, 1978.

Universidad Centroamericana (UCA) José Simeón Cañas, Mensaje Pastoral de algunos obispos de El Salvador, 1° de enero de 1978, en 'Los obispos Latinoamericanos entre Medellín y Puebla. Documentos episcopales 1968-1978', UCA Ed., San Salvador, 1978.

Secretaría de Comunicación Social del Arzobispado de San Salvador, Informe sobre la represión en El Salvador, Boletín informativo n° 10, San Salvador, 12 de diciembre de 1979.

Secretariado Social Interdiocesano, Persecución de la Iglesia en El Salvador, San Salvador, 1977.

La oportunidad de un estudiante de repagar, por Ed Grisamore (traducción de CXC), Macon, Georgia, Estados Unidos, 2002, citado en [www.sanromero.com](http://www.sanromero.com), el 10 de marzo de 2003.

THOMPSON, G. H., Por una historia de las gentes: la Historia desde abajo, Ed. Austral, original en inglés, traducción de J. Buendía, Buenos Aires, 1996.

Intervenciones de F. HINKELAMMERT y H. ASSMANN en las IV Jornadas Teológicas de Abya Yala, en Medellín, Colombia, en 1995.

Publicación del Arzobispado de San Salvador, Mons. Oscar A. Romero. Su pensamiento. Colección de Homilías y Diario de Mons. Oscar Arnulfo Romero, tomos I al VIII, San Salvador, 2.000.

CARDENAL, R., MARTÍN-BARÓ, I., SOBRINO, J., La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero, Uca Ed., 5ª edición, San Salvador, 1999.

---

<sup>1</sup> Homilía del 6/8/77.

<sup>2</sup> Acerca del tema de la efervescencia popular de la segunda mitad de la década de 1970, sugerimos consultar la Tercera Carta Pastoral de Monseñor Romero y Primera de Monseñor Rivera Damas, especialmente sus dos primeras partes, en las que se presenta una clara visión de un aspecto de la realidad nacional: el de las organizaciones populares, numerosas en esos tiempos de efervescencia: ‘Situación de las “organizaciones populares” en El Salvador’, y ‘Relaciones entre la Iglesia y las organizaciones populares’.

<sup>3</sup> Sobre el tema de la violencia, recomendamos la lectura de la Tercera Carta Pastoral de Monseñor Romero y Primera de Monseñor Rivera Damas, especialmente su tercera parte, en donde se expone el ‘Juicio de la Iglesia ante la violencia’, así como una tipificación de los hechos de violencia.

<sup>4</sup> Homilía del 11/10/77.

<sup>5</sup> Recomendamos la lectura de todo el discurso, especialmente su tercera parte titulada ‘Una solidaridad en la esperanza’.

<sup>6</sup> Sobre un panorama de la situación del país, recomendamos consultar la Cuarta Carta Pastoral de Monseñor Romero titulada ‘Misión de la Iglesia en medio de la crisis que vive el país’, del 6 de agosto de 1979. A dos años y medio del inicio de su trabajo como obispo de San Salvador, retoma temas ya tratados anteriormente, como la violencia o la absolutización de la riqueza, e incorpora otros, que si bien habían sido tratados anteriormente, no lo habían sido desde un sitio privilegiado como una carta pastoral. Entre estos temas, están los de la liberación integral y la represión por parte del estado, la urgencia de cambios estructurales profundos y el diálogo nacional.

<sup>7</sup> Homilía del 10/07/77.

<sup>8</sup> Homilía del 10/07/77.

<sup>9</sup> Homilía del 22/05/77

<sup>10</sup> Sobre el tema de la unicidad de la historia en el pensamiento de Romero, recomendamos aquí la lectura de su Segunda Carta Pastoral, especialmente la segunda parte: ‘La Iglesia, Cuerpo de Cristo en la Historia’, del 6 de agosto de 1977, a los pocos meses de haber asumido su trabajo como arzobispo de San Salvador.

<sup>11</sup> Homilía del 07/08/77.

<sup>12</sup> Homilía del 17/04/77.

<sup>13</sup> Homilía del 09/09/79.

<sup>14</sup> Homilía del 02/09/79.

<sup>15</sup> Creemos necesario profundizar acerca de los conceptos de ‘pueblo’ y ‘utopía’ en Romero. Nos parece que encierran un significado profundo, muy ligados entre sí. El pueblo como protagonista de la

---

construcción de la utopía cercana, que no excluye, pero sí que se radica en las mayorías marginadas de los beneficios del sistema, es un concepto recurrente en Romero. Estos conceptos están desarrollados en su Cuarta Carta Pastoral. Pero no es el tema que nos ocupa aquí.

<sup>16</sup> Sanromero.com. Marzo, 2003.

<sup>17</sup> Homilía del 01/11/77.

<sup>18</sup> Homilía del 14/03/77.

<sup>19</sup> Homilía del 26/06/77.

<sup>20</sup> Homilía del 22/05/77.

<sup>21</sup> Homilía del 22/05/77.

<sup>22</sup> Homilía del 03/07/77.

<sup>23</sup> Homilía del 15/05/77.